

Murcia: Un mes... UNA peseta. Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES... SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año II

MURCIA.-Viernes 9 de Agosto de 1907

Núm. 293

EL SEÑOR Don José Martínez Albacete HA FALLECIDO á los 26 años de edad R. I. P. Sus afligidos padres, esposa, hijas, hermanas, hermanos políticos...

LAS COSAS EN SU PUNTO

A la hora actual, frente al problema de Marruecos, los pensamientos van inconscientemente hacia la historia, buscando una experiencia que siempre nos ha faltado. Como no recordamos más que lo sucedido en el día, los hechos pasados, los tristes frutos de un candor inexplicable...

debíamos hacerles ver nuestro enojo por semejante proceder. A Marruecos, ó fuimos por algo ó no fuimos á nada; y en este último caso mejor estaremos aquí.

PLUMAZOS

Al buen callar...

El gobierno ha dado en callarse todo lo que sabe de la cuestión de Marruecos y de ahí no le saca nadie. Como en ocasiones distintas, en la cuestión tan interesante para los españoles que casi se dilucida hoy en Casablanca, ha puesto por delante el desconocimiento de noticias exactas...

Martínez Albacete

Para los que hemos conocido al pobre Albacete desde que era casi un niño, muy bueno, muy cariñoso y muy inquieto; para el que se ha sentido ligado á él con lazos más profundos que los de la amistad...

uno de esos hombres raros todo alma, todo corazón, que no sabía ni podía sentir rencores para nadie; entregaba su alma en seguida, se hacía hermano de uno en el acto. Pero él lo sabía sufrir todo y sin embargo el sufrimiento en los demás, las desgracias de los otros las sentía profundamente, lo angustiaban. Por eso hoy, al bajar á la tumba, muy joven, cuando todo le sonreía, cuando el camino se le presentaba sin abrojos y sin espinas, no se lleva ningún odio, no le acompaña ningún rencor. Para retratar de cuerpo entero el carácter y el alma del pobre Albacete, basta sólo recordar un hecho suyo. Un día de año nuevo, muy frío, en que la nieve cubría las calles de Madrid, Albacete entró en uno de los bazares más á la moda, gozoso, feliz, pensando en la encantadora sorpresa que iba á proporcionarle á un ángel de que era padre. Compró un par de hermosas muñecas y salió del bazar. En la puerta una mendiga pordioseaba una limosna y junto al lujo escaparate una pobre niña, atrevida de frío, trémula, tal vez hambreada, goloseaba con sus ojos muy abiertos los preciosos muñecos. Con su intuición inocente había adivinado que Albacete había comprado los dos más hermosos juguetes y hacia él dirigió su mirada, envidiosa, admirada. Y el pobre Pepe leyó en aquella mirada todo lo que pasaba en un alma, y con aquella ligereza de decisión tan suya, descubrió las hermosas muñecas, la dió que escogiese la más de su gusto y se alejó, á prisa, inquieto como siempre, dejando en las trémulas manecitas de la atónita niña, la muñeca más hermosa. Como vivió ha muerto: como bueno. A su lado, en sus últimas miradas, ha visto á todos los seres queridos, á todos aquellos seres queridos que componían su mundo, que eran su alma: sus ancianos padres, tundidos por el dolor; sus cariñosas hermanas, sufriendo la desespetación de ver desaparecer á su idolo; su joven esposa loca de dolor; los ángeles llorosos á quienes dió vida, sus parientes, toda la familia, sintiendo que se iba el alma de todos. El consuelo más grande, el único que se le puede dar á todos esos seres atribulados por la desgracia y muertos por el dolor, es el convencimiento que deben tener de haber visto morir á un justo, á un hombre honrado, á un orgulloso de la bondad, que lleva el recuerdo de todos y una lágrima hasta de los más indiferentes. No, ya no le veremos más. El hombre que supo conservarse niño toda la vida ha muerto; su alma grande y noble ya no se inquietará más por las amarguras de la vida, aquel cerebro poderoso no se verá cruzado más por ideales redentores, aquellos grandes ojos no expresarán más el asombro que produce la injusticia, aquella mano nerviosa no cojerá más la pluma para expresar la suntuosidad de los pensamientos, que hacían gritar al pobre Albacete, en un arranque lírico: «¡Oh, si las nobles águilas soñarán!...» ¡Pobre Pepe!

Información especial Vegetarianismo

Un señor Faurel, (de Angers, Francia) ha enviado una interesante comunicación al Congreso de Higiene sobre los efectos observados por sí mismo, en su propia persona, durante cinco años de régimen vegetariano hasta cierto punto, porque no ha sido régimen herbívoro como el de los caballos y los anaoretas de la Tebaida, sino mezclado con carne, con manteca, lo mismo que aquel guasón impío que no comía carne en días de vigilia, pero sí jamón. Ello es que el señor Faurel que tiene cuarenta años, 1'72 metros de talla y un peso de 66 á 69 kilos con capacidad respiratoria para 4.200 á 4.300 centímetros cúbicos del alimento de los camaleones, vulgo aire, debe estas cualidades (menos las dos primeras) á su vegetarianismo sostenido. He aquí lo que come: Almuerzo: taza de chocolate con leche (que no será vegetal, suponemos) y 69 gramos de pan blanco. Comida: entremeses frescos, mantecas (tampoco serán de hierba), rábanos (¡hombrel! ¡rábanos!), aceitunas, un plato de legumbres ó un par de huevos (que no serán vegetales tampoco), un plato de carne... no asustarse, de patatas, esa si que es carne vegetal, postres de fruta y 200 gramos de pan.

Cena; verdura á discreción, como decían á los alumnos internos en la casa de cierto domine parecido al domine Cabra de Quedo; «Crissimi, de forragilibus quantum volueritis»: queridos, de forrajes, cuanto queráis; tortas de harina, ensalada, compota ó frutas y 100 á 150 gramos de pan. Y ¡beber! Pues agua, á la cual suele mezclar algún vino. Este régimen, al parecer poco alimenticio, en realidad muy aceptable, bromas aparte ha nutrido admirablemente á M. Faurel; le permite dar paseos de 100 á 120 kilómetros en bicicleta, y de ocho á diez andando, lo menos. Además, padece jaqueca y se le ha quitado, duerme bien, pero menos horas; lo que le alarga la vida ya bastante; su genio se ha hecho más dulce, con gran alegría de sus domésticos y señora, y en una palabra, el hombre dice que el vegetarianismo le ha dado la salud más completa. Es de creer y merece ser probado, aunque padezcan un poco los carnívoros. Nosotros aconsejamos sin embargo, que no se cambiara de régimen repentinamente, sino disminuyendo por grados la cantidad de carne. Y luego, ya en pleno vegetarianismo, abstinencia completa, y en ciertos días, además de la manteca (suponemos que será de vaca), añadir no precisamente carne, sino un poco de pata de gallina ó de pollo, por ejemplo, una vez á la semana, los domingos, para que los intestinos no se atrofen. Nos choca que no haga mención M. Faurel del queso: ¿es que no le gusta? ¿O que siendo un digestivo no lo cree necesario tomando alimentos de más fácil digestión que la carne? Porque el queso bueno tomado en cantidades cortas es muy sano; «todos los días queso y al año un sólo queso», dice el refrán español. Tampoco habla de la miel que igualmente es sana si se toma con mucha moderación. Como quiera el vegetarianismo se va extendiendo y por algo será. Teóricamente al menos y, hablando en general, es un gran sistema.

de corvos y anchos picos resistentes, de ásperez plumas con que juega el viento... Somos las nobles águilas valientes que sobre las tormentas se deparan señoras de la paz del firmamento! ¡Oh, si las nobles águilas soñarán!... JOSÉ MARTÍNEZ ALBACETE. CUENTO UNA "SOIRÉE," (Conclusión) Indignése Romantín al ver la polvareda y le quitó la escoba de las manos, no sin decirle al mismo tiempo: —Pero ¿es que no sabe usted barrer, Dios de Dios? Miré usted cómo lo hago yo. Y esto dicho, comenzó á amontonar basura de un color gris, pero con tal habilidad, que hubiérase dicho que no había hecho más que barrer en toda su vida; después le devolvió la escoba al notario, que en vano quiso imitarle. A los cinco minutos el polvo se había ensañado del estudio, hasta el punto de que Romantín hubo de decir al señor Sava: —¿Dónde está usted? no le veo. El notario, que tosía á más y mejor, se acercó á Romantín. —¿Cómo se las arreglaría usted—le dijo—para improvisar una araña? —¿Qué araña? —Si, hombre; una araña para iluminar la estancia; una araña con bujías. El notario, que no comprendía una palabra, contestó: —No sé. —El pintor se puso á hacer piroetas y á sonar los dedos á guisa de castañuelas. —Ya está—dijo—ya lo encontré, caballero. —¿El qué? —Diga usted: ¡llevará usted ahí cinco francos? —Ya lo creo—repuso el notario. —Perfectamente: en ese caso, va usted á ir á comprar me por valor de cinco francos de bujías, mientras yo voy á casa del tonelero. Y esto diciendo, puso al notario á la puerta. Al cabo de cinco minutos ya estaban los dos de vuelta; el uno con las bujías y el otro con un aro de barrica. Seguidamente Romantín abrió un cajón y sacó una vejuntina de botella vacías que sujetó formando corona alrededor del círculo. A continuación bajó á la porteria en busca de una escalera, no sin decir antes al notario que la vieja portera le hacía algún favor á cambio del retrato de su gato, que estaba sobre el caballete. Cuando hubo puesto el pie en el primer escalón, preguntó al Sr. Sava. —¿Es usted ágil? —Ya lo creo—replicó el interpelado, ignorando de qué se trataba. —Pues bien: va usted á subir aquí arriba y á suspender la araña del cielo-raso. Después pondrá en cada botella una bujía y la encenderá. ¡Cuando digo á usted que soy un verdadero genio para el alumbrado! Pero quitese usted esa ropa, hombre: tiene usted todo el aspecto de un lacayo. Abrióse la puerta de repente, y apareció eu el dintel una mujer; sus ojos relampagueaban. Romantín se quedó atónito al verla. La desconocida permaneció algunos segundos con los brazos cruzados, y de pronto exclamó con voz ahogada, vibrante, exasperada: —¡Ah!, libertino, puerco: ¿es ese el modo de dejarme? Romantín no contestó, pero ella siguió diciendo: —¡Miserable! ¡Y á fuer de complaciente me envías á pasar el día en el campo! Vá á ver cómo arreglo yo la fiosta. Si, yo seré quien reciba á tus amigos.. A medida que hablaba, iba exaltándose por momentos.